

La Epifanía del Señor: Año B – 7 de enero de 2024

Homilía - Evangelio: **Mt 2:1-12**

En la solemnidad de la Epifanía, la Iglesia sigue contemplando y celebrando el misterio del nacimiento de Jesús, el Salvador. El CCC nos dice (528): "La gran fiesta de la Epifanía celebra la adoración de Jesús por los magos de Oriente". Este día acentúa el destino universal y el significado de este nacimiento.

Al hacerse hombre en el seno de María, el Hijo de Dios no sólo vino por el pueblo de Israel, representado por los pastores de Belén, sino también por toda la humanidad, representada por los Magos. ¡Los Reyes Magos nos representan a todos! Y es precisamente sobre los Reyes Magos y su camino en busca del Mesías que la Iglesia nos invita a meditar y rezar hoy.

En el Evangelio de Mateo, los Reyes Magos comienzan diciendo la razón por la que han venido: "Hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo". La adoración es el objetivo final de su viaje.

De hecho, cuando llegaron a Belén, "vieron al niño con María, su madre, y se postraron y lo adoraron". Mis hermanos y hermanas, si perdemos el sentido de la adoración, perdemos nuestra dirección en la vida cristiana, que es un viaje hacia el Señor, no hacia nosotros mismos.

El Evangelio nos alerta de esta gran amenaza, pues junto a los Magos, presenta a otros que no pueden adorar.

Primero, está el rey Herodes, quien usa la palabra adoración solo para engañar. El pide a los Reyes Magos que le digan dónde se encuentra el niño "para que yo también pueda venir a adorarlo". El hecho es que Herodes sólo se adoraba a sí mismo; Por eso quiso deshacerse del niño a través de una mentira. ¿Qué nos enseña esto? Nos enseña que cuando no adoramos a Dios, terminamos adorándonos a nosotros mismos. Del mismo modo, en la vida cristiana, cuando no se adora al Señor, esto puede convertirse en un modo misterioso de alabarnos a nosotros mismos y a nuestras capacidades: cristianos que no saben adorar, que no saben rezar adorando. Este es algo muy delicado: usamos a Dios en lugar de servirle. ¿Cuántas veces hemos confundido el poder de Dios, que es para servir a los demás, con el poder de este mundo, que es para servirnos a nosotros mismos?

Además de Herodes, hay otras personas en el Evangelio que son incapaces de adorar: ¿quiénes son? Los sumos sacerdotes y los escribas. Ellos le dicen a Herodes con gran exactitud dónde nacerá el Mesías en Belén de Judea. Ellos conocen las profecías, y cada uno puede citarlas correctamente. Saben a dónde ir; ¡Son excelentes teólogos! Pero no van allí. No van a donde estaba el Mesías. En la vida cristiana, no es suficiente estar bien informado, o educado. A menos que salgamos de nuestra zona de comodidad, nos encontremos con otros y adoremos, no podemos conocer a Dios. La teología y la virtud pastoral significan poco o nada si no nos arrodillamos como los Reyes Magos, que supieron cómo planificar un viaje, pero a la misma vez eran capaces de ponerse en camino y postrarse en adoración.

¡Mis hermanos y hermanas! Una vez que adoramos, nos damos cuenta de que la fe no es simplemente un conjunto de doctrinas aceptables, sino una relación con una Persona viva a quien estamos llamados a amar.

Cuando nos encontramos con Jesús cara a cara, lo vemos tal como es. A través de la adoración, descubrimos que la vida cristiana es una historia de amor con Dios, donde lo que importa no son nuestras buenas ideas, agenda o intereses personales, sino nuestra capacidad de hacer de Él el centro de nuestras vidas, como lo hacen los enamorados con aquellos a quienes aman. Así es como de ser la Iglesia: en Adoración, enamorada de Jesús, su esposo.

¡Mis hermanos y hermanas en Cristo! Que al comenzar este nuevo año podamos descubrir que la fe exige adoración y compromiso. Pero para adorar a Jesús, el Salvador del mundo, necesitamos venir al templo con un corazón humilde, en paz, alegre y amoroso para que lo encontremos en la adoración y en aquellos que encontremos en nuestro camino. Si nos postramos de rodillas ante Jesús, venceremos la tentación de emprender nuestro propio camino. Adorar significa poner al Señor en el centro. Significa dar a las cosas su lugar apropiado y darle el primer lugar a Dios. Adorar significa hacer que el plan de Dios sea más importante que nuestros planes y prioridades.

Es aceptar la enseñanza de la Escritura: "Adorarás al Señor tu Dios" (Mt 4:10). Tu Dios, mi Dios: adorar significa darte cuenta de que tú, yo y Dios pertenecemos el uno al otro. Significa poder hablar con él libre e íntimamente. Significa entregarle nuestras vidas y dejar que El entre

en ellas. Adorar significa descubrir que, para orar, basta decir: "¡Señor mío y Dios mío!" y dejarnos inundar por su tierno amor y, al mismo tiempo, dejar espacio para el Espíritu Santo.

En la adoración, permitimos que Jesús **sane nuestras heridas y nos cambie.** Sin embargo, la pregunta aquí es, ¿quiero cambiar? ¿Estoy dejando espacio para que el Espíritu Santo se manifieste en mi vida? ¿Estamos permitiendo que Jesús entre en nuestros corazones y que nuestras vidas sean cambiadas? Adorar significa ir a Jesús sin una lista de peticiones, es ir con un solo deseo: **de permanecer solo con él.** Se trata de descubrir que la alegría y la paz **umentan con la alabanza y la acción de gracias.** ¡Es reconocer que nosotros somos el barro y El, el alfarero!

En la adoración, hacemos posible que el Señor nos transforme con su amor, encienda una luz en nuestra oscuridad y nos conceda fortaleza en la debilidad y valor durante las pruebas. La adoración significa enfocarse en lo que es esencial: liberarnos de las cosas inútiles y las adicciones que adormecen el corazón y confunden la mente.

Al contemplar la belleza que irradia Jesucristo como lo hicieron los Reyes Magos, aprenderemos a rechazar lo que no debe ser adorado: el Dios del dinero, el Dios del consumerismo, el Dios del placer, el Dios de las redes sociales, el Dios de la lujuria, el Dios del yo y muchos otros.

Entonces, y solo entonces, Él podrá conquistar nuestros corazones con su amor poderoso y tierno. Adorar significa arrodillarse ante el Dios Todopoderoso y descubrir en su presencia que

la grandeza de la vida no consiste en tener **sino en amar.** ¡Sin amor, somos nada! ¡El amor es desear el bien de los demás y regocijarse en los éxitos obtenidos!

¡Mis hermanos y hermanas! ¡Nos convertimos en lo que amamos! **San Mateo nos dice en su Evangelio 6, 19-21: “No amontonen riquezas aquí en la tierra, donde la polilla destruye y las cosas se echan a perder, y donde los ladrones entran a robar. Mas bien amontonen riquezas en el cielo, donde la polilla no destruye ni las cosas se echan a perder ni los ladrones entran a robar. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”.**

Adorar es reconocer que todos somos hermanos y hermanas ante el misterio de un amor que salva todas las distancias: es encontrar el bien en la fuente; es encontrar en Dios la valentía de acercarse a los demás. La adoración implica saber callar en presencia de la palabra divina y aprender a usar palabras que no hieran, sino que consuelen. Recuerda, el silencio es el lenguaje de Dios, ¡y tenemos que aprender a escuchar a Dios en el silencio!

La adoración es un acto de amor que cambia nuestras vidas. Es hacer lo que hicieron los Reyes Magos. Que llevaron oro al Señor y decirle que nada es más precioso que él. ¡Míralo en el pesebre! ¿Puedes ver lo hermoso, tierno y amoroso que es? (Pausa) Es ofrecerle incienso y decirle que **sólo en unión con él puede elevarse nuestra vida al cielo.** Obsequiarle mirra, bálsamo para los heridos, los desamparados y los olvidados, y prometerle que ayudaremos a nuestros hermanos excluidos y que sufren, en quienes él está presente. ¡La adoración es dejar que tu corazón y el mío sean el pesebre de Jesús y dejar que él descansa en él!

¡Mis hermanos y hermanas! Cada Misa es una Navidad: Cristo encarnado vuelve a estar presente en forma humilde. Y cada vez que venimos a Misa, es una Epifanía: el Señor se nos revela. Como peregrinos en camino, nos corresponde a nosotros poner en práctica las palabras que rezamos en el Salmo de hoy: "**Señor, todas las naciones de la tierra te adorarán**". En la adoración, también nosotros descubriremos, como los Magos, el sentido de nuestro camino. Y como los Magos, también nosotros experimentaremos "una gran alegría" (Mt 2,10). Para terminar, pidamos hoy a Dios un corazón alegre y el don de su gracia para que cada uno de nosotros y toda la Iglesia aprendamos a adorar, a seguir adorando y a ejercer esta oración de adoración a menudo, porque **solo Dios debe ser adorado.**